

Flores CORDIALES



DONATIVO
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1949

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
DE MADRID



382/7

Se publica los domingos.

¿En quién piensa, lectores? En vosotros.
Virgen vive de amores
y será del primero
que le compre un *canasto* de estas FLORES

15 céntimos.

FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

Madrid, calle de Fuencarral, 27.

REMONTOR
18 líneas, ex-
traplano, gran
moda, máquina
fina de áncora,
montada en
centros de pie-
dra; esfera de
metal dorada ó
plateada.



- Núm. 5.708.—Oro de ley, 18 kilat., 115 ptas.
» 5.705.—Plata, mate ó brillo, 50 ptas.
» 5.704.—Acero, 45 ptas.

La casa COPPEL garantiza la buena marcha de todos sus relojes acompañando á cada uno su CERTIFICADO DE GARANTIA

A PLAZOS

Al personal de la guardia civil y carabineros se les pasa cargo en cuatro plazos.

TALLER DE COMPOSTURAS

REMESAS A PROVINCIAS

Pídanse detalles y prospectos á la casa

COPPEL

ANTRACITA

PRECIADOS, NÚM. 24. MADRID

Establecimiento de carbones minerales de todas clases; el más surtido y económico.

PEDID NOTA DE PRECIOS

Se facilitan postales para hacer los pedidos.

ENVIOS A PROVINCIAS

PRECIADOS, núm. 24 (Frente á Capellanes)

LOS MEJORES DE ESPAÑA

PRODUCTOS

REFRACTARIOS

Joaquín Pardo.

Fábrica

PACÍFICO, 12. — MADRID

RESISTEN ALTAS TEMPERATURAS

NO CONTRAEN

SON MUY FUERTES

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.º

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.º (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administración:
San Anarés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Un año..... 5,50 »
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

— Apartado de Correos, número 48. —

DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Comenzamos á desconfiar un poco de la civilización; comenzamos á perder toda fe en que la educación y la cultura y el progreso hagan al hombre más bueno, más espiritual y altruista y á la colectividad más misericordiosa. Yo no llegaré á decir, como cierto médico famoso dijo hace poco en la Sociedad de Higiene, que al aumento de instrucción popular correspondía siempre un aumento de criminalidad. Dígalo eso Rodríguez San Pedro y quédese tan ancho en su poltrona.

Lo que sí es preciso decir es que nuestros progresos materiales, nuestros inventos portentosos, no representan una civilización, ni grande ni chica, mejor ni peor, que las de los pueblos antiguos y la de las naciones de la Edad Media.

Se concibe, dado el egoísmo humano, la explotación individual del hombre por el hombre; se concibe que haya quienes por necesidad ó por degeneración roben y maten; se concibe que veamos impasiblemente seres que mueren de hambre y de miseria. Pero lo absurdo es que las nacionalidades organicen el robo y la matanza, invocando para ello el nombre de la civilización y los ideales que la sustentan ó debieran sustentarla.

Así, mientras en Europa hay pueblos y razas, como Polonia, como Macedonia, como Irlanda, esclavizados y torturados en brutal vasallaje, y mientras muchas naciones tienen, como nosotros, regiones enteras que viven sin escuelas y sin ferrocarriles en pleno siglo xiv, Europa se dedica á esclavizar nuevos pueblos y á darles y quitarles sus reyes y su organización y su carácter y su libertad, cosas á las que, si son hijos de Dios, tienen absoluto derecho. ¡Y esto se hace en nombre de la civilización y esto se aplaude por la Iglesia de Cristo y por los sabios y los pensadores!

En Berlín se reunieron no hace muchos años unos diplomáticos, representando á casi todas las naciones europeas, y acordaron hacer al rey Leopoldo de Bélgica el bonito regalo de un inmenso

territorio, que no estaba deshabitado ni mucho menos y de cuya propiedad dispuso Europa en nombre de la civilización. De la civilización y del caucho. Porque para extraer caucho y convertirlo en oro europeo, tan necesario para comprar placeres livianos, en ese territorio se han realizado y se realizan las más espantosas crueldades, tormentos y matanzas, que dejen tamañitos los de las cárceles venecianas y las quemadas de la Inquisición, y la Saint-Barthelemy, etc., etc., sin que las víctimas hayan cometido más delito que el de haber nacido libres é independientes en una fértil región africana, y el de tener la piel negra porque así le pareció conveniente á la Divina Providencia.

En toda Africa, la civilización ha dejado una espantosa huella de sangre. El «No matarás» de Jehová pierde toda su fuerza del lado allá del Mediterráneo. Ahora Francia se empeña en arreglar Marruecos á su antojo, como antes arreglara Madagascar, y como Inglaterra arregló la Rhodesia y la Zululandia, á tiro limpio, matando y quemando en nombre de la civilización.

Los marroquíes hacen admirablemente en destituir al degradado sultán que les rige, y que en buena ley moral es un traidor á su raza, á su fe y á la historia de su pueblo; y allá va Francia á matar marroquíes y á que le maten unos centenares de soldaditos, que maldito lo que saben de Marruecos ni de la civilización, ni se acuerdan en aquellos trances más que de su aldea y de su novia.

Estas intromisiones de los pueblos fuertes en la vida de los pueblos débiles, por mucha retórica que se les eche encima, son tan bárbaras y tan salvajes como las invasiones que se sucedieron durante toda la Edad Antigua. No hay razón para que nos creamos superiores á Atila y á sus hordas, porque entre ellos y nosotros no hay más diferencia que el uniforme y el armamento.

Una civilización que tales frutos da no vale un comino, é importa poco que se la lleve el demonio, como se llevó la de la India y la de Egipto, la de Grecia y la de Roma, cuyos ciudadanos, aunque no viajaron en ferrocarril, ni hablaron por teléfono, ni se recrearon en los *cines*, fueron mucho más felices y más alegres y espirituales que nosotros.

Dionisio PEREZ.

ELOGIO DE LOS FLACOS

—Oiga usted mis argumentos, amigo Don Robustiano, y verá en seguida cómo tengo más razón que un santo.

* * *

Mejor que los gordos, cumplen la ley de Dios los delgados; que El dijo: «La carne es flaca», y así, debemos ser flacos...

Escultores y pintores, en cuantas obras forjaron, mejor que crear toneles produjeron bacalaos.

Las líneas rectas son cosa que nos eleva hacia lo alto, donde está nuestro destino; las curvas, todo al contrario.

¿No son, sin duda, más bellos una cierva y un caballo, que un buey y que un elefante, y—con perdón—que un marrano?

¿Qué, no lo son la palmera y el cedro, el pino y el alamo, más que la encina y el roble, y el olivo y el carrasco?

¿Qué, no son el arte gótico lo mismo que el arte clásico de Grecia, mucho más dignos de elogio que el de Bizancio?

¿No es más linda la libélula que el panzudo escarabajo, como lo es la golondrina más que el avestruz y el pato?

¿No es más gentil una lancha de pescador, ó un balandro de regatas, que la férrea mole de un acorazado?

¿No lo son una pirámide, un cono, una prisma y un triángulo, mucho más que un trapezoide y una esfera y un?...

—¡Canastos!

Bájese usted de la trípode, Don Serafin.

—Ya me bajo.

Descenderé á otro terreno más vulgar, corriente y llano...

Para usted resultan chicos los asientos de los autos, la bigotera del coche, las butacas de los teatros, las sillas de los hoteles, as camas... Para mí, en cambio,



todo ello resulta bueno, fácil, cómodo y holgado.

¿Que le corre á usted un toro de Miura, pongo por caso?... Pues ¡ya sería difícil que le diera usted un cambio!

Pero á mí ¿podrá alcanzarme nunca un marido burlado de los muchos que me siguen, si corro yo más que un galgo?...

A la hora de las comidas, usted jamás se ve harto; mientras que yo me alimento con lo que deja un canario.

Y usted padece de cólicos, y de dolores gastrálgicos; mientras que yo *m'alegrito* de verme tan bueno y sano.

Si á mí me dicen «que estudio pa estoque» ó que soy «un látigo», á usted siempre lo comparan á un animal de ojos bajos,

del que se sacan chorizos y morcillas y embuchados; y á mí, por mis pocas chichas, no me llama nadie «guarro».

Que es usted «hombre de peso», no me atreveré á negarlo; mas, en general, los hombres de peso son muy «pesados».

Y de ese espantable riesgo nos vemos libres los flacos, á quien nos permiten hasta ser «ligeritos de cascós»...

* * *

En fin, podría decirle mucho más respecto al caso; pero me avisan de FLORES CORDIALES que no hay espacio para más, y aquí hago punto, querido Don Robustiano, pidiéndole mil perdones por mi *Elogio de los flacos*.

Por ese señor delgado, que figura en el grabado
Carlos MIRANDA

DON JUAN EL CURSI

II

Recordarán los benévolos lectores que la reunión de Don Juan *el Cursi* acabó como el rosario de la aurora por el repentino amor que mi amigo Pascual concibió hacia la peseta puesta en la bandejita del guardarropa.

El Sr. Tripete, aquel sujeto mal encarado que tocó en la guitarra *El suspiro del moro*, y que fué el que sacudió más de firme en la trifulca, tenía como guitarrista el defecto de equivocarse; y, creyendo que apretaba bajo el brazo la cabeza de mi amigo Pascual, que le había llamado «barbero», agarró la cabeza de Don Juan, que se había puesto por medio, y sacudió en ella una tanda de *capones* y puñetazos tal que se la limpió de bandolina y le dejó los sesos completamente *batidos*.

Un mes estuvo con la cabeza vendada, hasta que por fin el médico le permitió salir de casa. Don Juan se puso la chistera sobre la oreja, porque, con las vendas, no le entraba en la cabeza, y, respirando con delicia el aire de la calle, correteó hasta encontrar un piso cuarto desalquilado, al final de la calle de Hortaleza.

Allá se trasladó en compañía de una criada guapisima, que entró á sustituir á la del guardarropa, que también recogió un chichón en la refriega.

Los amigos empezaron á visitarle, y cuando le preguntaban: ¿Qué tal la cabeza?, contestaba: Calle usted, hombre: si aún parece que me rueda por encima del cráneo una locomotora.

En pocos días pasaron de cuarenta los amigos que, presentados unos por otros, fueron á verle, sobre todo de noche, cuando ya estaban las puertas cerradas; y, como ninguno llamaba al sereno, tenía la criada que bajar á abrir la puerta.

Tantos fueron que Don Juan se decidió á poner coto, y apenas sonaba el aldabón, que le recordaba, según decía, el puño del Sr. Tripete, Don Juan salía al balcón y se entablaba desde el piso cuarto á la calle, el siguiente diálogo:

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Y quién es usted?

—... Fernández.

—¿Fernández? (No recuerdo). ¿Presentado por quién?

—Por... Rodríguez.

—¡Rodríguez!... ¡Sí!, me parece recordar... Baje usted, Catalina.

Y Catalina tomaba la palmatoria y bajaba; pero, más escrupulosa que su amo, no subía hasta que conocía bien al visitante.

Don Juan lo pasaba muy bien con aquellos chicos, que eran muy divertidos; pero no podía lograr que se marchasen dos juntos, aunque fuesen vecinos. El uno no tenía prisa y el otro tenía que irse en seguida. De manera que Catalina...

Hasta que el casero plantó á Don Juan en la calle á instancias de los demás inquilinos, que enflaquecían de tanto mirar por el ventanillo cada vez que subía ó bajaba un visitante.

Ello fué que...

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

(Se continuará.)

LA FUENTE DE MI PUEBLO

En la plaza de mi pueblo hay una fuente de piedra,
que invadida por el musgo y asaltada por la hiedra
que tapizan su pilón,
y acabada toscamente por granítica escultura,
vierte un chorro cristalino de agua clara, fresca y pura,
por la boca de un león.

Con arrojo temerario, despectiva y altanera,
sobre el lomo de la fiera
de granito, sin domar,
se reclina una bacante ligerísima de ropa,
que elevando al cielo un brazo rematado en una copa
nunca deja de brindar.

En los días siberianos, en las tardes abribeñas
y en las cálidas mañanas, las muchachas lugareñas
en un grupo encantador,
con sus cántaros rojizos y sus sayas de colores,
á su lado, embelesadas, oyen á sus trovadores
dulces cánticos de amor.

Y mientras el cantarillo, bajo el chorro de la fuente,
se desborda en un torrente
de burbujas que se van,
la rapaza que lo lleva, sumida en sus embelesos,
también deja que se vayan los racimos de sus besos
á la boca de un galán.

A ella acuden los chiquillos que retozan y que juegan
y ventilan sus disputas y se arañan y se pegan
defendiendo una opinión...

Y la vena cristalina cuando se deshace en gotas,
convirtiéndose en cascada de pentágramas y notas,
va trovando su canción.

Ven á escucharla, amor mío, después de cambiar por
[traje
de estameña de colores las envolturas de encaje
de tu cuerpo escultural...

Ven, para que mientras robe yo los besos de tu boca,
desperlando sus collarés, la fontana cante loca
con su ritmo de cristal.

Germán GONZALEZ DE ZAVALA

REGALOS A LOS SUSCRIPTORES

Respondiendo á la ayuda que los lectores prestan á FLORES CORDIALES, desde el próximo Febrero concertaremos un plan por el cual regalamos CIENTO VEINTE RELOJES de los que anunciamos en última plana y que adquiriremos de la casa constructora, á cuantos figuren suscritos en 1.º de Febrero.

Los abonados desde esa fecha tendrán derecho á veinte ó treinta números, según resulte de la distribución que hagamos, los cuales les serán remitidos al extenderles el recibo, y los premios corresponderán á los mayores de la Lotería Nacional.

*
*
*

A todo el que pague adelantado cuatro semestres de suscripción sin descuento, es decir, DOCE PESETAS, regala FLORES CORDIALES un reloj de pared de los mencionados.

LA CUESTA DE ENERO

El Estado vive en la dulce y consoladora creencia de que presta un señalado favor á sus servidores, anticipándoles la mensualidad de Diciembre.

Y para que vean ustedes lo que son las cosas, lejos de ser un favor, lo que hace es causarles un perjuicio de gravísimas consecuencias.

Me explicaré.

El perfecto presupuestívoro cobra su sueldo el 20 de Diciembre, según tradicional costumbre en la Administración española. Llega Nochebuena. La familia, también apegada á la rutina, como el Estado, quiere entregarse en cuerpo y alma al clásico besugo, al celebrado turrón de Jijona, que suele ser fabricado en la calle de la Encomienda; quiere comer pavo el día de Pascua, sin olvidarse del cascajo, que constituye un postre indispensable ese día y noche tan solemne... Y el jefe de la familia, por evitar un cisma en el hogar doméstico, no tiene más remedio que sacrificar unas cuantas pesetas en complacer á sus adjuntos, para celebrar como disponen los cánones el nacimiento del Redentor.

A los niños ¡claro está! hay que comprarles el insoportable tambor, porque también en esto rige la tradición; á las niñas, el rabel, ó cuando menos, la zambomba, para evitar llantos, malas caras y los tan acentuados cuanto socorridos ataques de nervios.

Además, hay que poner en las casas un nacimiento, con sus pastorcitos que cantan, sus borregos que balan, su buey que muge y hasta una mula que da, cuando llega la ocasión, su par de coces correspondiente.

En todas estas tonterías se va por lo menos la mitad del anticipado sueldo.

Luego viene la segunda parte, lo más aterradora, antipática, cursi, abominable y ridícula costumbre—¡también tradicional!—de los aguinaldos.

¿Quién, que se estime de algo y haya saludado dos veces á Don Guillermo Osma, deja de darle al cartero una peseta aunque al día siguiente hasta el canario se quede sin alpiste, por no haber en casa ni cinco céntimos para comprarlo?

¿Quién que se precie de tener siquiera medio kilo de vergüenza, deja de cumplir este precepto social con el sereno?

¿Quién le niega este óbolo al aguardor, al carbonero, al repartidor de periódicos, á los barrenderos, á los vigilantes del alcantarillado, á los bomberos, al mozo del café, al peluquero, á la portera, á la planchadora y hasta al propio Maura, si no se lo pide?

Nadie; no es posible negar eso, so pena de que le

tachen á uno de innovador cursi ó de mendigo de levita.

La solemnidad del Año Nuevo se impone y hay que celebrarla como es de rigor.

Nuevos y más crecidos dispendios merman la anticipada mensualidad, que ya estaba en los *dernières*.

Llega la fiesta de Reyes. Los niños ¡angelitos! esperan que los orientales monarcas les dejen algo en su balcón, y el papá, en complicidad con la mamá, dedica la última peseta á comprar juguetes para los nenes.

¡Y aquí es donde empieza Cristo á padecer!

Porque á partir del día 7 de Enero, cada casa, no siendo la de Comillas, Urquijo, Bäuer, Aldama y Girona, es un pequeño infierno con diablos y todo.

Se inaugura la aterradora serie de la economía, y por virtud de este salvador acuerdo, quedan suprimidos el desayuno, el principio, un plato de la cena, el vino y los postres.

Queda asimismo proscrito todo gasto superfluo, como los periódicos ilustrados, el teatro, el café, la diaria y entretenida partidita de tresillo y ¡hasta el afeitado!

Haciendo prodigios de economía, y milagros de equilibrio, se llega hasta el día 15.

Después de este aciago día ¿cómo se resuelve el problema de la alimentación?

¿Cómo se sube la cuesta de Enero?

¡Pues yo creo que ni con *encuarte!*

Manuel SORIANO.

INDUMENTARIA



—Chico, ¿eres tú, ó eres la garita de enfrente?

—¿Y á ti, te ha dejao la Nemesia la pelerina?



La Sultana llora:
 ¿Qué hará la Sultana
 de ojos delincuentes
 y frente de nácar
 y cabellos negros de fina madeja
 al verse del trono sin piedad lanzada?
 ¡Tan joven, tan novia,
 tan rica, tan guapa!
 Que tome el portante,
 que se venga á España
 y al joven La Cierva le cante *orientales*
 (le hacen mucha falta),
 le taña la guzla,
 le baile unas danzas,
 y Don Juan, entonces,
 rendido á las gracias
 de Abbelaya bella, posible es que quede
 de azorante Cierva, en cierva cazada,
 dejando que todo
 lo cerrado se abra.

El señor Ojeda, embajador de España cerca del Vaticano, ha venido á Madrid á traer á Maura, de parte del Padre Santo la Orden Piana.

Don Antonio se encuentra ahora patidifuso, no sabiendo cómo ha de colocarse la beatífica condecoración.

Si no conoce la música,
 yo, meditando, calculo
 que siendo orden *piana* debe
 ponérsela con manubrio.

Son Abdel y el Haffid los que luchan
 aferrados á la tradición:
 dos muleys que atascaron el carro
 de la santa civilización.

Ha dicho Pichon que hay un lazo estrecho entre Francia y España, pero que Alemania é Inglaterra tienen las dos puntas.

Ya verán ustedes si al fin Guillermo, el de los bigotes rufos, y Eduardo, el de la pancha bofa, nos dejan para probar corbatas.

El jerife director de la revuelta de Fez se llama Zerronnatti.

Tapa, que no lo descubra La Cierva.
 Se lo trae de ama de llaves.

El general Ochando habló en el Senado del sueldo de las fuerzas del Resguardo militar y de lo que cobran los agentes de la Arrendataria.

Y resulta que los de la Tabacalera chupan, mientras los mantenedores de las rentas escupen por un colmillo.

El señor Delgado, gerente de la sociedad pitillera, conoce bien los sistemas de nutrir á los suyos, cepillando el bolsillo del fumador.

Y es tal el celo de Don Eleuterio por aumentar los dividendos que, valiéndose de su estado de lombra, recorre el interior de las cajetillas, dejando allí el barro de los tacones, á fin de que los gramos salgan cabaes.

Osma, protector del monopolio, le vió el otro día asomando la cabeza por entre un emboquillado.

Y fué y le dió dos chupadas.

Han celebrado la pascua
 los moros, sin combatir
 por respetos al Profeta,
 que es hombre sagrado allí.

Nadie ha chistado: los ritos
 salieron al pelo, y mil
 narices fueron al suelo
 rindiendo tributo á Ebraim.

El único que ha chistado
 claro está, es Abd-el-Azís,
 que dijo:—La Pascua, nenes,
 me la estáis haciendo á mí.

Leo que en Palacio tomaron la almohada las señoras que, reuniendo condiciones, lo habían solicitado.

Al dar cuenta el revistero de salones de cierto periódico, escribe que las damas se hallaban esplendorosas.

Añado mi parecer
 á esa opinión sustentada.
 Nunca mejor la mujer
 que cuando toma la almohada.

Gonzalo DE QUIRÓS.

Cosas del amor.



—Mira, Piedad: yo, sin mota
tengo el cuerpo mal, mu mal.
Tú tiés buen cuerpo, y lucirlo
debías al aire, pa

darle achares al Mostrenco,
y á man gui tó lo demás.
Con que ya lo oyes: ahueca,
tira pa el Monte, Piedad.

PRIMER NUMERO DE NUESTROS CONCURSOS

BRIZNAS CÓMICAS

DE DESAFIO

Un cesante que tenía
á sable pendiente un duelo,
llorando con desconsuelo,
á otro cesante decía:
—¡Dios me saque de este apuro!
¡Ya me voy!... ¡Dame un abrazo!
Voy á pegar un sablazo...
¡Si al menos fuese de á duro!

EN UN RESTAURANT

Comió callos Juan un día,
y protestó en tono airado
contra el precio exagerado
que de ellos se le exigía.
—¡Caros son! Y en voz guasona
dijo el fondista: —No hay tal,
porque no son de animal...
—¿Pues, de qué son? — De persona.

El Lacayo Tosilos.

NOCTURNO

En la alta torre de la vieja iglesia
la media noche ha dado.
Es la hora del amor, niña... Despierta,
sacude ese letargo
que te transforma en intachable estatua
de inanimado mármol;
échame al cuello, en pasional transporte,
tus virginales brazos,
tu boca junta con mi boca ardiente,
sedienta...; el entusiasmo
nos estremezca en ansias infinitas
de goces no soñados;
junta á mi pecho tu desnudo seno
turgente, suave y blanco,
y nuestras almas fúndanse en un beso.
Así, en estrecho abrazo
hasta la aurora, tu tranquilo sueño
arrullarán mis cantos...
En dulce calma se durmió la noche.
Los cielos, estrellados.
Imita el viento al orear la frente
el beso de unos labios.
¡Todo parece que á gozar convida!
La media noche ha dado...
Es la hora del amor, niña. Despierta,
y estréchame en tus brazos.

LAVOODI

De niño, en pos de mi padre,
busqué . . lo que busca un niño:
la madre de su cariño,
ó el cariño de su madre.
Busqué, con ingenuidad,
en la adolescencia, flores;
y en la edad de los amores,
los amores de la edad...

En el escolar capítulo,
busqué, con gran desenfado,
el título de abogado
ó el abogado del título.

Y en el templo del Señor
busqué, dándome al demonio,
el amor del matrimonio
ó el matrimonio de amor.

Soy, pues, casado... y feliz;
pero rebatir no intento
lo de la perdiz del cuento,
ó el cuento de la perdiz.

Sebastián LOPEZ ARROJO

CHISTECILLOS

Tres negros están sentados en una acera tomando el sol. Por el lado de ellos pasa un caballero con un niño de la mano, que al ver á los negros exclama:

—¡Papá! ¿No dices que el chocolate se derrite con el calor?

—Y así es, en efecto—contesta el caballero.

—Entonces, ¿cómo es que esos hombres que están ahí puestos en el sol no se derriten, á pesar de que son de chocolate?

Un paleta se encuentra paseando á la orilla de un río. Un caballero pasa por su lado, y al ver que no ha pescado nada todavía, le pregunta: ¿Qué, pican los peces?

—¡Vaya unas cosas que tiene usted, caballero!—le contesta el paleta.—¡Qué han de picar los peces! ¿Se cree usted acaso que son pulgas?

Un chiquillo que va vendiendo periódicos se acerca á un caballero y le dice:

—¡Gedeón! Viene bueno esta semana

—Pero qué, ¿ha estado malo?—exclama el caballero.—Pues dile que m'alegraré del alivio.

Un baturro lleva á la iglesia á bautizar á un hijo suyo y el cura le pregunta: —¿Qué nombre se le va á poner?

—Tander—contesta el baturro.

—¡Hombre—le dice el cura—eso no es nombre de personal!

—¿Cómo, que no?—replica el baturro.—¿Será posible que siendo usted cura y todo, no haya oído nunca nombrar á Santander?

—¿Ves á aquel que va por la acera de en frente? Es el novio de Enriqueta.

—¿Oficial?

—¡Quiá hombre! Ayudante de Obras públicas.

SEUGNALAP.

HISTÓRICO

Cierto popular escritor sintióse tan malo una noche que en plena calle tuvo que expulsar cuanto tenía en el estómago. Hizo la casualidad que estando en tal faena se acercase al lugar del suceso un perrillo, el cual se puso á olfatear el charco.

—¡Calla!—exclamó entonces el paciente, cuya cabeza no estaba muy firme.—Esas judías que veo ahí y ese salchichón y esas aceitunas si recuerdo haberlas comido. Pero —añadió muy preocupado—¿cuándo y dónde me habré comido yo ese perro?

C PEREZ ORTIZ

EL AMOR A LA PATRIA

Un valiente sargento
decía en una guardia, entusiasmado
al soldado Memento:

—¡Oh! ¿Qué te dice el corazón, soldado,
al ver el estandarte enarbolado,
gloria del regimiento,
batiendo contra el asta desplegado?

Pues, si queréis que os diga, mi sargento,
la verdad pura y llana,
cuando veo flotar aquella lana,
me dice el corazón: «¡Hace buen viento!»

EPIGRAMA

Telegrama. — «P. Genil.
Don Maximiliano Sierpo,
capitán Guardia civil.
¿Soldado Bernardo Gil,
podrá pasarse á su cuerpo?»

Contestación: «Almería.
Don Antolín Valdilecha.
¡A mi cuerpo pasaría;
pero luego me estaría
la guerrera muy estrecha!»

MA-LUI-SAN-DL



Enriqueta Deschamps.

EL CASAMIENTO DEL «BOMBITA»

Un periódico de esta gran urbe parisiense dió la noticia.

¡*Bombita*, el torero mimado de reinas, de banqueros, de prosapias ilustres, se casa.

Pero el diario á que me refiero equivocó las señas.

Dijo que el *Bombita* formaba alianza con mademoiselle Chauvin, y por los datos que recojo no es ella la que va al altar del brazo del afamado diestro.

Toreaba el *Bombita* en la plaza de Marsella.

Al brindar el segundo toro, de las primeras filas del tendido salió un hermoso ramo de flores, que cayó justamente dentro de la montera del gallardo matador.

Miró el *Bomba*, y sus ojos quedaron fijos en una linda morena, que le mostraba entusiasmada otro manojo de rosas.

Saludó cortés y se dirigió al bicho.

Varias veces volvió la cabeza para mirar la femenina aparición que le ofrecía el testimonio más delicado del querer de las mujeres.

Pasó de muleta, y todavía el mozo retrató algunas veces más en su pupila la imagen de la bella...

Desde el extremo opuesto del circo, viendo cua-

drado al toro, repitió el saludo á la desconocida, alzando airoso la muleta.

Ciñóse, lanzó adelante el cuerpo con ahinco, y de la estocada cayó el cuadrúpedo redondo.

Jamás el *Bomba* escuchó una ovación tan delirante.

Aquel rayo de sol que había surgido de entre la multitud le centuplicó las fuerzas y le hizo clavar el estoque donde quería.

Tornó cerca de la hermosa y le regaló la oreja del zaino.

Era la prenda del amor.

Se vieron aquella misma tarde, se hablaron, y la boda es un hecho.

Se llama la novia Enriqueta Deschamps, y es hija de un rico comerciante de Marsella.

A álguien he oído decir que acaso el *Bomba* se retirara al contraer nupcias.

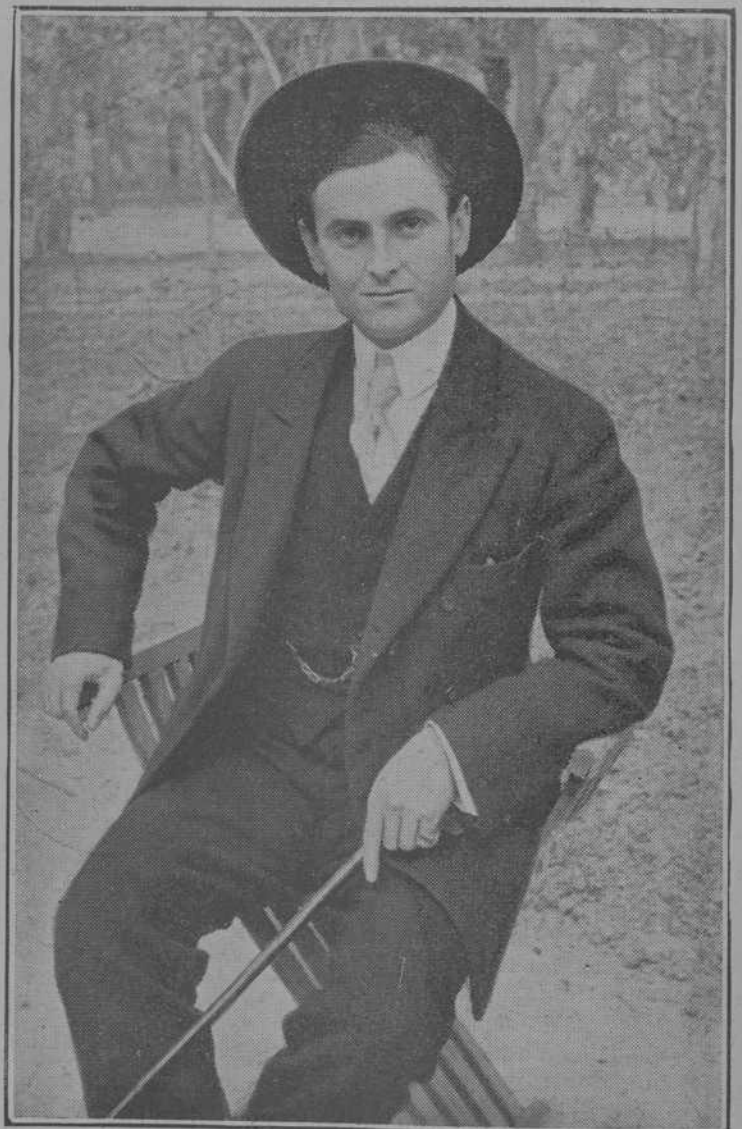
No es cierto.

El *Bomba* seguirá usando los trastos en su estado de cónyuge...

Enhorabuena y que aproveche, maestro.

LUIS.

Paris 14 Enero 908.



Ricardo Torres, «Bombita».

LA PRIMA DEL VIOLÍN

Una mañana de Enero que el termómetro marcaba siete grados bajo cero, Don Apolinar estaba calentándose al brasero.

Y no era, pues, de extrañar que las brasas avivar procurara con ahinco, pues cumplió sesenta y cinco el buen Don Apolinar.

Aunque para ciertos trotes no estaba el pobre vejete, gastaba al mes cuatro botes de perfume y colorete para la cara y bigotes.

Al llegar á los sesenta pensó: «Voy á ser formal, y si ocasión se presenta me caso; pues con mi renta no hemos de pasarlo mal.»

Prontó llegó la ocasión, y sin pensar en los daños de aquella resolución, casóse con Asunción, chica de veinte y tres años.

Para el pobre Apolinar fué la ventura muy breve, pues ella le hizo observar que no se pueden juntar mucho fuego y mucha nieve.

Por eso aquella mañana, mientras temblaba él de frío, abrió Asunción la ventana y se asomó muy ufana cual si fuera pleno estío.

Mas pronto á cerrar volvió, pues sonó la campanilla. Lllaman—el viejo exclamó; y la traviesa chiquilla hacia la puerta corrió.

Era el que llamó Antolín, estudiante de Farmacia muy alegre y muy pillín, que tenía mucha gracia cuando tocaba el violín.

Que la lección consabida iba á darle muy contento, porque su prima querida tomó por el instrumento una afición decidida.

Discipula y profesor pasaron á un gabinete llenos de artístico ardor mientras buscaba el vejete en el brasero calor.

Y allí los dos estudiando iba el tiempo transcurriendo, el frio siempre arreciando,

él la lumbre removiendo y ellos el violín tocando.

—¡Ay, qué cabeza! ¡Ay, de mí! Vaya un dolor que me empieza; y el viejo al hablar así quitó el gorro azul turquí que abrigaba su cabeza.

Con la lección de aquel día el violín se estropeó, pues, según ella decía, tocando una sinfonía la prima se le saltó.

Ya mucho tiempo ha pasado sin que volviera Antolín, y pensó el viejo, escamado: —«¿Será por el mal estado de la prima del violín?»

Juan REDONDO Y MENDUÑA.

LOS CUMPLIDOS



—¿Conque licenciaico, eh? Memorias á la Frodisia, y al tío Pepe el Canelo, y á la seña Duvigis, y al pae retor, y dos patás al bruto de Coreto, y cuatro capones al borrego de tu padre, que estaba hecho un toro cuando le vide...

—Escucha. ¿Y ná más?

LOS ORADORES

Decidieron ir á un mitin tres oradores de fama, y antes de emprender el viaje se repartieron la tanda de discursos: hablarían uno sobre la enseñanza, otro cuestiones de Hacienda y otro política hidráulica.

Acordado así, se fueron, dispuestos con su palabra, á predicar lo excelente

que le sería á la Patria obrar, como ellos decían en sus discursos-programas.

El público, entusiasmado, oía lo necesaria que es para el bien de los pueblos la cuestión de la enseñanza, cuando el orador, de súbito, con la política hidráulica comenzó á barajar dones, prosperidades cercanas, y tal cúmulo de dichas, que una ovación entusiasta premió su labor; el hombre, después de darles las gracias, de las cuestiones de Hacienda habló sin medida y tasa.

Los otros dos oradores atónitos se miraban, porque ya su compañero las tres tesis acababa, y cuando tras los aplausos la gente, ya entusiasmada, preparóse á oír el discurso del segundo, con gran pausa el orador levantóse, y enrojecida la cara, solo «Señores, repito» dijo, con voz desmayada, y el último saltó, riendo: —Pues, yo, señores, reflauta.

Enrique F. GUTIERREZ

ESTRATEGIA



—¿Si s'habrá namorao de mí esta señorita? Doy la güelta, la espero en la esquina y l'arrimo dos bocaos en el piscuezo, como si fuera mesmamente un cachorro...

DE UNA VIDA

La tarde fué ingrata y áspera para José María. No quiso salir, como de costumbre, á ver el estado de sus tierras, ni á echar la cotidiana partida de ajedrez en el Casino con Eduardo Venegas, su único amigo aquí, en este odioso villorrio de Puerto Real, donde se veía obligado á residir á causa de lo maltrecho de su hacienda. La caminata que por la mañana hiciera le había molido el cuerpo; así es que, una vez terminado el yantar del medio día, cogió un libro al azar de su biblioteca, subió al mirador, y allí, sentado en una valetudinaria mecedora indiaña, con los pies colocados en el respaldo de una silla, se pasó muy cerca de cuatro horas teniendo el volumen abierto sobre las piernas. Sin embargo de parecer hallarse absorto en la lectura, se puede asegurar que en toda la tarde leyó una línea con aprovechamiento; su imaginación se había perdido por no sé qué vericuetos; una bruma densa enturbiaba la limpidez de su vivaz ingenio. Y hubiera seguido no sé cuánto tiempo en este dormir de sus facultades, á no posársele sobre la frente una mosca; circunstancia que le volvió á la realidad, pues como era excesivamente nervioso, le resultaba imposible aguantar la menor molestia. Ahuyentó con la diestra al insecto, y este movimiento hizo que resbalara el libro, el cual fué á dar en el suelo. Caído ya, José María lo miró con indiferencia, al propio tiempo que extendía los brazos para desperezarse; hizo luego un gesto de murria y murmuró:

—¡Qué aburrimiento de vida!

Para distraerse sacó su petaca y de ella un cigarro; encendiolo displicentemente, dió varias chupadas y, retirando las piernas del punto de apoyo, las dejó caer. Se levantó, dando algunas vueltas por el recinto; mas cansándose pronto, dejó los paseos. Recogió el caído volumen y lo colocó en la mesilla de nogal que en el centro del mirador había; luego se fué directo hacia uno de los ventanales, describió los visillos, abrió las portezuelas, y la brisa suave de Abril penetró triunfal en la estancia, envolviendo al hidalgo en las gratas emanaciones que sus ondas robaran á las matas olorosas y fragantes de la campiña. José María las aspiró con fruición, con deleite extremo, gozando la sensación plenamente, analizándola, pues ahora su máquina intelectual, libertada ya del ligamen que antes impedía su gestión, marchaba admirablemente. Apoyó los codos en el alféizar y espació su mirada por el campañal, en el que había todas las gradaciones del verde. Primero fijó su atención en el cielo de un azul mirífico y sedoso; luego la paseó por la cinta blanca del camino que lleva al pueblo y por el cercado de las fincas vecinas; reposó un momento en los lejanos pinares de las canteras, y después fijóse en el terreno propio. Admiró un momento la lozanía de las hortalizas y de los frutales, en que era rica su huerta y, últimamente, fué á quedar aprisionada en el brocal del pozo de ésta. Había visto unas sayas rojas, unos pies descalzos, una mata de pelo desgreñada y negra y unos brazos morenos y redondos que sostenían, con la gallardía de una *Tymarión* rústica y moderna, un panzudo cantarillo de barro cocido y también un burdo fieltro de alas caídas y

mugrientas, unos zahones de cuero y la cara cuadrada, perfectamente prognática, de uno de sus criados, el Andrés. Ante la virgiliana visión que atisbaba, José María pensó con cierta envidia en la ingenua y libertada vida de los instintivos, de esos seres absolutamente desprovistos de embarazantes ideas éticas, que llevan el yo en sus sexos, lo cual les proporciona el inmenso bien de dar un hartazgo á cuanto sus sentidos piden autocráticamente. A él, para su desgracia, por su educación cristiana, por el ambiente en que se desarrollaran sus días y por cierta timidez espiritual, nunca le fué posible cumplir determinados anhelos que allá, en lo recóndito de su ser, pugnaban por ser realidades. Su carácter de sentimental intelectualizado le imposibilitaba para vivir esa noble vida, armónica é integral, de los sentidos; siempre, por costumbre heredada y robustecida con el hábito, analizaba escrupulosamente sus más ínfimas sensaciones, y esta mórbida afición de estudiarse á sí mismo le hacían perder su rozagancia de flor mañanera, su esplendor virginal; por eso, ahora, contemplando aquel amorío eglógico, al cual servía de marco el verde espléndido de la verdura, y de palio la dulzura sandosa del cielo crepuscular, de azul desfallecido, tenuamente violáceo en la lejanía, envidió con toda su alma de elegiaco no ser él uno como su fámullo.

Examinó rápidamente su vivir: vivir frío, sin fogaradas pasionales, cotidianamente igual, soso é impreciso, mecánico casi; vivir sin risas de mujer, sin locuras breves y triviales de mozo que ha leído el gayo libro del maestro Ovidio, el glorioso *Arsamandí*, de eternal membranza y universales laudes; vida morbosamente discreta; vida de monje laico, morigerada, perfectamente estúpida. De su examen sacó la terrible deducción de que, aun habiendo tenido todo lo necesario para gozar la vida, ni siquiera la conocía expertamente, á pesar de sus continuas reflexiones y análisis. Y pensó, que si en sus días más bellos y más fuertes no supo sacar fruto á la vida, ahora, en estos de pobreza, encerrado entre las cuatro paredes de su finca, sin amistades casi, serían mucho más míseros que los transcurridos los que aún tenía que vivir. Reflexionando esto, sus párpados dejaron correr unas lágrimas rebeldes contra su sórdido destino. Se vió tan débil, tan sin energía, tan indefenso contra el tedio que llenaba sus horas, que deseó morir, evitando así la enorme crasitud de ser sin ser...

Fuera, la noche mataba el crepúsculo.

Dorio de GÁDEX.

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de cerrar las cuentas de fin de año, se ruega á los señores corresponsales liquiden á la mayor brevedad, remitiendo á la Administración los efectivos pendientes.

No pasamos giros.

LOS INDISPENSABLES

EL PRESTAMISTA

¿Hay alguien que ponga
en duda siquiera
que es el prestamista
de la *compraventa*
un *indispensable*
de pies á cabeza?

* *

Pues que nadie dude
cosa que es tan cierta,
por más que sea un hombre
que la vida pueda
llevar dulcemente
merced á sus rentas,
ó á las rentas de otros,
que es costumbre añeja;
y todos sabemos
que *el mundo da vueltas*,
y no se da sólo
dinero por prendas,
alhajas, efectos
y cosas diversas...
¡Pobrecitos ricos,
las cosas que empeñan!

* *

— A ver, esta capa.
— ¿Qué quiere por ella?
— Deme usted tres duros.
— Le doy tres pesetas.
— ¡Por Dios! ¡Si hace poco
me costó cincuenta!
— ¿Lo dice usted en serio?
¡Si está toda ella
igual que una criba!...
¡Qué!, ¿la pongo?
— ¡Ea,
deme los dos duros!
— No le doy ni media
peseta más. ¿Hace?
— ¡A la fuerza llevan
al palol!..
— Rogelio,
esta papeleta.

* *

— Capas, ¿tiene alguna?
— Ya lo creo, y buenas.
Ahí van.
— Bueno, á ver:
¿cuánto vale esta?
— *Por ser vos quien sois,*
cincuenta pesetas.
¡Menuda es la capa!
Si va usted á una tienda

le piden lo menos
el triple por ella.
— Le doy siete duros.
— ¡Usted se chancea!
¡Sólo los embozos
mucho más *me cuestan!*
Vaya, nueve y medio,
para que usted vea
que quiero servirle.
— ¿Quiere las cuarenta?
— No, señor; no puedo;
lo siento de veras...

* *

— ¡Oiga, no se marche!
Deme dos pesetas

más y terminado...
(Y al fin se la lleva.
¡Fijense un poquito
en *la compraventa!*)

* *

Y en todo es lo mismo,
y de esta manera,
¿quién puede igualarle
de cuantos comercian?
No hay nadie en el mundo
Y el que se lo crea,
¡es que no está el pobre
bien de la cabeza!

Francisco MOYA RICO

EN LA CARRERA



— A este tío pianista le suelto yo dos de cuello vuelto.

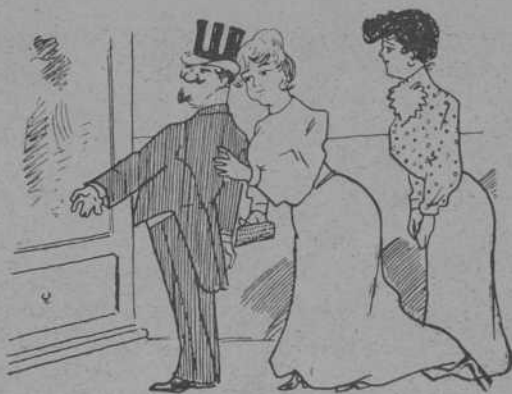
LOS SEÑORES SENSATOS, por Arvera.



Don Cosme y Don Cleto, compañeros de oficina, se saludan siempre de la misma manera: «Tú, Cosme, modelo de casados. Yo, siendo el juguete de mi mujer y de mis niñas...»



En efecto, Don Cleto era todo mantequilla de Soria; en su casa, los retoños, se divertían montándole en el carro, mientras la mamá iba de compras por esas calles de Dios.



La esposa de don Cosme, y la Cella Rita, primera vástaga del estirado funcionario, según él mismo decía, se miraban en la levita y en la bimba de Don Cosme.



El pícaro de Cosme tuvo un deslíz. Los bailes de máscaras suelen ser la red del incauto, y las botellas del champagne calientan la mollera.



Y á Don Cleto, le ocurrieron, no uno, sino dos deslíces, y el hombre danzaba también poniéndose el mundo por montera.



Salían del Ministerio, filosofando: «La vida debe ser variada. Las cintas del balduqué tienen que convertirse alguna vez en cintas de seda que nos acaricien...»

EL «SPORT» MAS VIEJO

El invierno, ese viejo de la caperuza blanca, cuya respiración hiela y entumece á los mortales que tienen la fortuna de disfrutarlo, es el gran maestro de todos los *sports*.

Si se buscara el origen del automovimiento humano, se encontraría seguramente en el invierno: el primer hombre que se le quedaron fríos los pies dió, sin duda, muchas pataditas en el suelo; ¿quién no comprenderá que esas pataditas fueron el origen del baile?

He ahí una gloria que los españoles no hemos intentado recabar para nuestra historia: el primer *sport* fué el baile y el primer baile un zapateado, un baile español.

Ahora, el novísimo *golf* y el *ski*, como son baratos ocuparán la atención de todos los *sportistas* (permítaseme el barbarismo); la equitación, la caza, el *yachismo*, el automovilismo, exigen fuertes dispendios y siempre serán exclusivos de la gente adinerada; el *golf* necesita cachiporras y espinilleras, el *ski* patines y otros artefactos; pero el baile, ¿qué necesita el baile? Ni aun siquiera buen oído, porque como *sport* agitado nada hay semejante á una pareja que le baile á uno sobre los pies.

Y, sin embargo, la juventud moderna que guía una motocicleta ó le da patadas á una pelota, va desdeñando poco á poco el baile y le gusta el *sport*, el espiritualismo, vistiéndole con el brutal ropaje de la fuerza animal ó artificial.

Guillermo II, el soberano enciclopédico, es el único grande hombre que comprende la influencia física y moral de la danza; en Berlín, y bajo su patronato, han tenido lugar todos los congresos de baile; él sabe que este cadencioso *sport* combate la timidez del espíritu, corrige los defectos de la configuración y da al cuerpo agilidad flexible.

Pero aún hay más; Samuel Metzer, profesor de la Facultad de Berlín ha demostrado, que una mazurca, un boston, son los microbicidas más enérgicos. Ató al talle gentil de una muchacha sendos frascos repletos de cultivo, donde yacían microbios de todas las dolencias más terribles. La joven valsó cuanto tiempo pudo; el sabio profesor abrió los frascos y todos los microbios habían perecido.

¿Qué indicó esta prueba fehaciente? Que el baile será con el tiempo un método de curación, y que si ahora decimos «de la panza sale danza», podremos invertir los términos y echar carnes al compás de una habanera ó un chotis.

Y hay una razón: el baile necesita música; la música es un sedante para la naturaleza; Orfeo hipnotizaba las fieras y, aun hoy, los faquires de la India hacen bailar á las serpientes al son de la flauta; ¡quién sabe el resultado que daría la flauta de un faquir en la expulsión de la tenia! Tal vez haciendo penetrar las armonías en el lugar por donde suele expulsarse la solitaria, saliese el bicho espontáneamente y sin otro estímulo que el baile.

Volvamos, pues, al juicio y alentemos á la humanidad para la práctica del *sport* más viejo y el más sano; después de todo y pese á todos los deportes, el hombre seguirá eternamente haciendo lo mismo: al son que le tocan, baila.

Luis BERMÚDEZ DE CASTRO.

UNO DE TANTOS

Luce soberbios trenes Juan Riera
y preocupa á la pública opinión,
que nadie en menos tiempo consiguiera
dorar con oro fino su blasón.

Hidalguelo de anémica sesera,
con más deudas que pulgas un ropón,
comprendió que en España la carrera
de yerno da brillante posición,
y hoy es un elevado funcionario
á quien los necios rinden homenaje
agitando *en su honor* el incensario.

Mas al honor no basta el buen ropaje,
y aquellos que le adulan á diario
no quieren ir con él donde hay ramaje.

A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ

EL DIVORCIO DE RUBÉN DARÍO

Acabo de leer una noticia sensacional en *El Independiente*, de León (Nicaragua).

Hela aquí:

«Nuestro compatriota Rubén Darío ha enviado su poder al doctor Don Salomón Selva para que entable querrela de divorcio contra Doña Rosario Murillo, con quien el gran poeta contrajo matrimonio el año 1893.»

¡Rubén Darío se divorcia! Para los que siguen paso á paso la labor literaria del autor de *Los raros*; para los que están constantemente siguiendo sus huellas y no pierden ni uno de sus movimientos, esta noticia resultará estupenda. Y los comentarios que harán los admiradores del poeta no serán menos curiosos. ¿Por qué se divorciará Rubén Darío? ¿Qué causa le habrá decidido á tomar esta resolución? ¿Habrá hecho su reciente viaje á Nicaragua *expresamente* para divorciarse? ¿Se divorciará para casarse ahora con Hortensia Buyslay, «la niña ágil, errante silfo del salto, que mostró á sus ojos asombrados por primera vez el divino misterio de los muslos femeninos, redondos de vida, bajo el rosa de la malla, haciendo por su iniciación danzar de gozo el sátiro que habitaba los jardines de su alma», cuando Darío iba en su seguimiento con sus *catorce años encendidos*? ¿Será para casarse con una parisiense, encantadora como Mimí, pequeña y ágil como una *marionnette* de la *rue*, ó con *la hembra del pavo real*, que ha cantado Don Rubén en recientes versos; ó con María, la cubana-japonesa, la que es

*digna de que un gran pintor
la pinte junto á una flor
en un vaso de marfil?*

No... Yo creo que acaso este divorcio sea porque el poeta quiere unirse á una sonámbula. Sí, no os riáis. El poeta lo ha dicho, y hay que creerlo. Ved su confesión:

«Yo adoro á una sonámbula con alma de Eloísa,
virgen como la nieve y honda como la mar;

su espíritu es la hostia de mi amorosa misa,
y alzó al son de una dulce lira crespuscular.

Ojos de evocadora, gesto de profetisa.
En ella hay la sagrada frecuencia del altar;
su risa es la sonrisa suave de Monna Cisa,
sus labios son los únicos labios para besar.

Y he de besarla un día con rojo beso ardiente;
apoyada en mi brazo, como convaleciente,
me mirará asombrada con íntimo pavor.

La enamorada esfinge quedará estupefacta,
apagará la llama de la vestal intacta
y la faunesa antigua me rugirá de amor!

*
*
*

¿Veis? Lo que escribía el poeta el año 1901 va á
á cumplirse en 1908. *He de besarla un día...* Y acaso
ha llegado la hora de ese rojo beso ardiente. Por
lo demás, yo opino que la princesa Eulalia—risas

y desvíos—quedará muy triste al ver que su trova-
dor, al encontrarse nuevamente soltero, no la habla
de amores. Y hasta yo creo que su risa de oro se
trocará en una sonrisa melancólica al ver que su
Rubén no se acuerda ya de ella.

Pero dejemos en el misterio de la interrogación
nuestras divagaciones. Y no seamos indiscretos.
Rubén Darío va á llegar próximamente á Madrid
para encargarse del Consulado general de Nicara-
gua en la capital de España, cargo que le acaba de
ser concedido por el general Zelaya, presidente de
aquella nación y gran amigo del cantor de los
Cisnes. No seamos indiscretos y no vayamos á fe-
licitar al poeta por su nombramiento para luego
decirle:

—Aunque sea curiosidad, ¿por qué se ha divor-
ciado usted?...

Eduardo de ORY.

LA CUESTION DEL BARRO



¡Maldito sea el alcalde!



¡Bendito el alcalde sea!

LLEGAR A TIEMPO...

(CONTINÚA DEL NÚMERO 18)

Unos golpes dados en la puerta estremecieron á Mr. Garland, el cual, doblando el periódico que con tanta ansia leía, gritó nerviosamente:

—¡Quién va!

Contestó el camarero del cuarto, que llegaba con el recado de escribir que nuestro hombre había solicitado.

—Déjelo ahí, sobre la mesa—dijo Mr. Garland— y tráigame la última edición de *The Telegram*... Oiga: ¿y el whisky y la soda?

—Ahora viene el mozo del comedor; á nosotros nos está prohibido hacer esa clase de servicios.

En efecto, no había terminado de hablar el camarero y entraba en la habitación un criado llevando aquellas bebidas.

Mr. Garland no era espléndido en dar propinas, pero esta vez ni siquiera se cuidó de recoger el cambio que el mozo le ofrecía. Volviéndose hacia la mesa, llenó un vaso, que bebió con avidez. Después se dirigió hacia el teléfono; pero se detuvo repentinamente y retrocedió á la mesa. Oyó algunas voces en el pasillo, y se fué hasta la cerrada puerta, permaneciendo allí con el oído pegado y en actitud de expectación.

El camarero, que volvía con el periódico, se asustó por la prontitud con que le fué abierta la puerta.

—¿Se llama usted Mr. Garland?—preguntó.

—Sí... ¿Qué ocurre?

—¿Ha pedido usted un coche para las nueve y media?

—Sí—volvió á decir Mr. Garland mirando desconfiadamente al camarero—. Pero, ¿qué sucede?

—Pues que el mozo de equipajes ha cambiado los de usted con los de otros viajeros, y como ninguno de los bultos lleva etiquetas, ni para nosotros seña especial, mejor será que baje usted y elija los suyos, si quiere no esperar cuando venga el coche.

—¡Esos hombres son unos estúpidos!—repuso mister Garland—. Hará solamente unos minutos que recogieron de aquí mi equipaje: tres baúles y una gran maleta de viaje, todo nuevo y flamante.

—A pesar de eso, lo mejor será que baje usted á separarlos.

—Bien. Ahora mismo lo haré.

Tomó Mr. Garland su sombrero, que estaba sobre el sillón en que lo había dejado al entrar en la habitación, y recogiendo la llave salió por los pasillos para dirigirse al depósito de equipajes.

* * *

Algo ocurrió en el gabinete número 25 en los pocos

minutos que Mr. Garland empleó en la operación que le requiriera el camarero. De entre las cortinas aparecieron en la habitación una mano y un brazo que tenían cierta apariencia de miembro suelto como si fueran una manifestación espiritualista.

La mano, que estaba mugrienta, dirigióse al *bureau* con los dedos estirados hasta lo inconcebible, como avaros y ansiosos de coger alguna cosa determinada; pero no lograron su objeto, porque faltándoles sólo cuatro centímetros para llegar á la abultada cartera de Mr. Garland, cerróse la mano violentamente y desapareció con el brazo que la movía. Inmediatamente, las cortinas de la habitación se separaron para dar paso á una cabeza vestida con un sombrero gris flexible y presentando en el rostro una barba cuyo desaliño se hizo más visible al hacer un gesto de desagrado después que con una rápida mirada hubo inspeccionado el gabinete. El aspecto del intruso era algo cómico: parecía uno de esos individuos que bailan en las ferias.

En aquel momento llegó de fuera, de la calle, el sonido de un silbido que se repitió tres veces. El hombre del sombrero flexible se introdujo por el balcón entreabierto, de la misma manera que el granuja que toma parte en una carrera de obstáculos se introducen en un barril: arrastrando tras sí las piernas. Sin levantarse del suelo, al llegar donde estaba la cartera de Mr. Garland, la alcanzó con la mano, y con los dedos pulgar é índice se puso á registrarla escrupulosamente, sacando el rollo de billetes del Banco de Inglaterra, que miró despreciativamente, y el pequeño paquete de facturas, ante cuya vista se alegró su rostro. ¡Cosa extraña! Como vió que el resto del contenido de la cartera se componía de cartas y papeles de carácter privado, volvió á colocar aquella en el sitio en que su propietario la había dejado, y todavía arrastrándose llegó hasta la puerta. Oyó pasos y se detuvo. Percibió voces de hombre y escuchó. Una de esas voces decía:

—Está bien... Cclocad eso ahí... ¡Que espere el coche!

El intruso dirigió una rápida mirada en su rededor, y en el momento de oír el ruido de la llave en la cerradura dió agilísimo salto, á manera de kanguro, sobre la alfombra, en dirección de una de las camas que había en el gabinete, desde donde trepó al montante de la grúa para saltar al tubo de la chimenea donde permaneció, en la obscuridad, con los puños cerrados y reteniendo el aliento.

(Continuará.)

NUESTROS CONCURSOS

Al entrar en el segundo año de su publicación, FLORES CORDIALES quiere demostrar que sabe corresponder al favor que la gran masa social le dispensa, y sin bombos ni reclamos introducirá las mejoras propias de su desarrollo progresivo, con arreglo á las exigencias de la moderna estructura editorial.

Entre las modificaciones propuestas, comenzamos por estimular más positivamente que hasta hoy las inteligencias, abriendo tres concursos al mismo tiempo, bajo las siguientes condiciones:

1.^a Se abre un concurso de trabajos literarios de género festivo, galante, cómico ó de pura fantasía, siempre dentro del círculo de la decencia. Los artículos no deberán exceder de ocho cuartillas.

2.^a Se abre otro concurso de dibujos del mismo corte á que anteriormente nos referimos para plana completa, pudiendo ser estos de mancha ó de línea, historietas ó asuntos aislados.

3.^a Se abre un tercer concurso de epigramas, anécdotas, chascarrillos, sucedidos y composiciones libres, que no habrán de pasar de sesenta palabras.

4.^a Durante doce números consecutivos iremos insertando, en seccion aparte, aquellos envíos que consideremos aceptables.

5.^a No constituimos jurado especial que califique

las producciones, ya que no siempre las personas, por respetabilidad que tengan, pueden sustraerse á la recomendación. El juez será la opinión, y á su fallo nos atendremos para otorgar los premios. De suerte que, al cerrarse el concurso, esperaremos durante dos semanas el juicio de los lectores respecto á los trabajos publicados que merezcan la retribución que establecemos.

6.^a Pagaremos:

Por el trabajo literario de la condición 1.^a que resulte elegido por sufragio popular, CIENTO CINCUENTA PESETAS.

Por el de la condición 2.^a, que también merezca mayoría de pareceres, igual cantidad.

Por la mejor composición poética ajustada á los cánones del periódico, y á que se refiere la condición 3.^a, CINCUENTA PESETAS.

Por cada anécdota, epigrama, etc., de tres que deberán votarse, VEINTICINCO PESETAS.

Advertencias.

No contestaremos ninguna petición ó consulta sobre los trabajos que recibamos.

Los originales que no vean la luz estarán en esta Redacción á disposición de sus autores hasta quince días después de cerrado el concurso.

Los de provincias acompañarán al pedido el franqueo correspondiente.

Cúidense de consignar á la cabeza de cada trabajo: «Para el concurso».

INTERESANTE

A todos los que han solicitado relojes de los que se anuncian en la última plana, debemos advertirles que siendo tan extraordinario el pedido que ha recibido la casa constructora, esta se ha visto obligada á establecer un turno y con arreglo á él irá sirviendo las remesas.

Desde luego, á nuestros suscriptores se les ha reservado el derecho, y en el transcurso de diez ó doce días quedarán complacidos cuantos interesaron la remisión y cuantos vayan llegando.

BUZÓN

Papiano.—«Tranquilidad» y «novedad» son consonantes, lo mismo que «celebral», «igual» y «colosal», y eso en romance pega como á Maura dos sombreros de copa en la barriga. Arréglole.

Confucio.—*Logroño.*—Ya he conocido que viene usted de la China, por la coleta... de la carta. Escriba usted á Mut-Su-Hito que se la corte, y estudie Gramática.

R. Sordillo Vitoria.

«Si digo que eres hermosa tú,
haces fú.

Te llamo merengau
y haces miau.

Ten compasión de mí,
y aunque te rindo el bú
no hagas nunca: ¡miau! ¡fúl. .»

¡Zape!

Emiálo.—*Madrid.*—Estoy harto de decir que no queremos composiciones de ese estilo. Ya no agradan ni las del que trajo las gallinas... Usted versifica con soltura y puede escribir sin pretender imitar á nadie.

Martin-Gala.—No sirve el «Lance» por tener toques demasiado subidos, por pecar de incongruente y por otras varias menudencias. Láncese á otra cosa.

4 × 3 = 12.—*Pedroche.* Resultan muy flojitos ambos sonetos. El del *fusil* empieza con un buen cuarteto, pero continúa mal y concluye peor. Afine la puntería y no escriba en andaluz cerrado.

Rocinante.—Da usted gallardas muestras de ser un apreciable solipedo, y no vaya usted á interpretar el vocablo como suena.

P. L.—*Madrid.*

«Quisiera poder meterte
un puntapié en el sombrero
para que vayas volando
á reunirte con San Pedro.»

Si después de ver esto escrito en letras de molde no se le cierra el apetito, aplíquese su estupendo puntapié adonde más falta le haga.

J. O.—*Toledo.*—No puedo aprovechar su *mono*.

Musa-æ.—Oviedo.—Bonus, bona, bonum:

«Poeta que extraviado
ha tiempo vas por la vida
en tu corcel desbocado:
tenlo presto por la brida »

Esos versos suyos le vienen á usted como anillo al dedo. Es *totus, tota, totum* cuanto tengo que decirle, y ¡*Dominus tecum!*

A. S.—Madrid.—«Faro de salvación» tiene peros que no sé cómo se le han pasado inadvertidos. Y es lástima, porque no carece de poesía. Corrija las estrofas tercera y última.

J. R. C.—Madrid.—Su soneto «A una mujer» no me ha gustado; pero ya que es usted *buen* ciudadano, como en él afirma, mande otra cosa; por ejemplo, uno de los *cientos millones de pesetas* que lucen en el membrete de su carta. ¡Adiós, Cresol!

El del'otra día.—Madrid.—Cuatro cuartillas [del tamaño mayor, llenas de versos kilométricos, para terminar con una mala pata. Sigue usted como el otro día.

E. M.—Linares.—Trabajando con tanta afición se puede hacer bastante. A lo que me manda le encuentro un principal defecto: es muy sentimental y triste.

Nelo.—No me gusta nada su última remesa. Con usted tengo derecho á ser algo exigente.

Totó.—Infiesto.—Sus versos—Dios se lo pague—son un bombo inmerecido (modestia obliga) á nuestro semanario y nos estaría mal el publicarlos.

J. M. P.—Madrid.—Su primera producción es.. su primera producción. Espero á la segunda para formar juicio.

T. B.—Pamplona—Gracias, amigo poeta. Yo hago también sinceros votos por su salud y prosperidades en el presente año. Ya vería usted mi contestación, y, como con gusto he de publicar algo suyo, le animo á trabajar cuidadosamente, eligiendo bellos asuntos, ya festivos, ya intencionados.

Polo.—Madrid.—Su romance, medianamente rimado, es candorosamente sentimental.

Galaico.—Ferrol.—¿Mi opinión sobre su trabajo? Pues, sin ser del todo desfavorable, no es la de publicarlo. *Faga outra cousa o galaico.*

J. R. D.—Palma—Sus cantares románticos son una inocente picardía, véase la muestra:

«Porque siendo una delicia
no accediste á mi deseo
al juez le pedí justicia
y el juez... me mandó á paseo.

Soy de parecer que se haga firme la anterior sentencia.

S. L. A.—Madrid.—Dos cosas he recibido de usted, flojillas ambas. Como sabe hacerlo mejor, espero darle pronto el desquite, y dispéñeme esta vez.

R. R.—Pueblo nuevo.—No se retire usted de la palestra, que ha de vencer en plazo breve. Su carta me ha gustado, y siento que razones evidentes me impidan publicarla.

F. L. A.—Madrid.—A pesar de haber puesto en él todas sus energías, no me resulta su *trabajillo*. Le hace á usted falta estudiar mucho para escribir como Dios manda. Siga este consejo, que es de amigo, simpático joven.

Indalecio—Sigüenza.—Está usted cerril completamente y á la prueba me remito, ¡tío Indalecio!

Carulla II.—Madrid.—Si usted me probase que no es quien me figuro, acaso llegaríamos á un arreglo amistoso. Entre tanto, van al cesto sus atrevidos epigramas y guardo la carta para lo que haya lugar.

Morcillo.—Coruña.

«¡Desafinada mi flauta!
No modula los sonidos
no canta amores ni endechas,
no semeja los suspiros
de la mujer que yo adoro,
de la mujer que yo admiro.
Sopla que sopla y el aire
se va por distinto sitio...»

No se apure usted, so bazofio. El Mokri es un afinador de primera.

ROLANDO

MINGOTE

MAYOR, 88, ENTRESUELO

Sastrería militar y de paisano.—Trajes de etiqueta.—
Confección esmerada y gran economía.

ENVIOS A PROVINCIAS

MUNILLA, dentista.

Operaciones absolutamente *indoloras* con la administración del *Somnoformo*. Consulta, de 9 mañana á 6 tarde.

DESENGAÑO, 10 TRIPLICADO

Anuncios económicos por palabras.

Cada quince palabras una peseta; cada palabra más, diez céntimos.

Girujano callista. E. León, Carretas, 7. Consultas de 2 á 6.

Preservativos de seda pura, garantizados, contra el contagio venéreo, únicamente en LA MASCOTA, Gato, 4.

Recomendamos por sus precios y novedades, la joyería de M. González. Montera, 22.

Dinero todo su valor por alhajas, encajes, abanicos antiguos, muebles y papeletas del Monte de Piedad. Es la casa que más paga, San Bernardo, 52, pral. (esquina á la calle del Pez).

Postales. El más extenso y variado surtido, lo encontrarán siempre en esta casa, habiéndose recibido nuevos modelos en artistas, coupletistas, niños, parejas amorosas, etc. En fantasías, esta casa es la primera de España. José Campos, Silva, 35, Madrid. Ventas sólo por mayor. Catálogo gratis.

No llores. Guarda tus lágrimas para beberlas. No entiendo «olita». Casadeuba irmate. Rotula.—Polo.

Tronco de yeguas normandas se vende. Noticias en la Administración de este periódico.

¡¡ LEED ¡¡



Relojes de pared, procedentes de liquidación de una gran fábrica que se retira del negocio.

CUATRO PESETAS

CINQUENTA CENTIMOS

á nuestros suscriptores.
Envío á provincias, una peseta más.

Marcha perfecta.

Ganga por poco tiempo.